

## XIV

## LA NOCHE DEL 13 DE FEBRERO

— Señor caballero, — dijo el ventrudo Matraca aprovechando una pausa hecha por Bernardo, — cuatro jóvenes gentileshombres acaban de atravesar el patio, alejándose por el corredor que está enfrente de esta ventana.

— ¿De dónde salieron? — preguntó Fiamma.

— Del pabellón de la derecha; justamente aún podéis ver en el umbral de ese pabellón á una persona enmascarada y vestida de bien extraño modo.

Precipitóse á la ventana la joven enfermera, y dijo tranquila :

— Es el amo. Sabed, señor caballero, que aquí en mi cuarto os halláis bajo el techo de Sidi-Salem-Kébir, que no ha de permitir que se moleste á mi huésped.

Por otra parte, los cuatro señores que vió vuestro escudero deben ser del séquito del duque de Saboya-Nemours, llegado para hacerse curar por Salem. Es

posible que haya dado orden á sus pajes de ir en busca de caballos por haberse caído los suyos á la entrada de la calle de las Viejas Estufas...

— ¿ Esa calle de las Viejas Estufas — preguntó el herido, — es la vía estrecha que conduce á la puerta pequeña de los jardines del Hotel de Soissons?

— La misma.

— Entonces esta casa donde estamos se halla habitada por otro oriental además de Salem-Kébir.

— Sí : Abou-Nadarah, astrólogo de Catalina de Médicis, habita el pabellón de la izquierda.

— ¡ Es particular! — pensó Sed de Amor. — No es ese el nombre que yo esperaba oír. Hoy es la víspera del día fijado por Bar Cobral para nuestra reunión aquí, y nadie en esta casa parece conocer ese nombre... ¡ Es bien extraño!

Cortomontel habíase asimismo levantado para echar una ojeada por toda la extensión de la calle del Gallo.

— ¡ Cuernos de Satán! — gruñó golpeando los cristales. — Por lo visto, en este barrio los arcabuces y las alabardas brotan de entre las piedras, señorita...

Al oír esto Fiamma abandonó la primera ventana, acercándose á la segunda.

— Lo cierto es, — dijo luego de haber mirado — que nunca vi tan numerosa reunión de arqueros en la calle.

— ¿ Proyectarán cercarnos? — preguntó Cortomontel.

— Tal vez, — opinó tranquilamente el herido, — Ayela de Givors, querida del duque Rolando, ha divulgado el secreto de mi presencia en este sitio.

— Muy enterado estáis de ciertas intimidades, señor caballero, — dijo Fiamma sorprendida.

A lo cual contestó Bernardo :

— ¿Qué de particular tiene eso? Antes de mostrarme al insultador de mujeres en aquel saloncito de la casa de las Miñonas en el que tuvisteis la bondad de servirme de comer, ya había yo escuchado, escondido tras el cuadro que representa el sitio de Tauris.

— Sí, es verdad; — dijo la joven sonriendo al recuerdo de la brusca aparición. — De todos modos, mi opinión es que la condesa no entra por nada en ese extraordinario alarde de fuerza. Si la misión de esas gentes es la de apoderarse de vuestra persona se volverán sin cumplimentarla, porque la casa de Salem-Kébir no puede ser tomada ni aun por fuerzas cien veces superiores en número.

— ¿De modo que Salem-Kébir me defeendería en caso necesario? preguntó Bernardo incrédulo.

— ¡Os defenderá! — afirmó la joven. — Es hombre celoso de sus prerrogativas, y sabrá oponerse á toda invasión. Su sola presencia aquí es la mejor garantía de vuestra seguridad.

Bernardo exclamó sonriendo :

— Os creo sin dificultad, bella enfermera, por más de que si me faltase esa ayuda de que habláis, tengo demasiado cariño á mi persona para permitir que nadie se apodere de ella sin mi permiso. En fin, como por lo visto hay tiempo aún, y como me precisa adquirir fuerzas mediante el reposo y la inacción, dejad que acabe mi relato; es el único medio de evitar las zozo-

bras que podrían asaltarnos; — añadió Sed de Amor, siempre sonriente.

Luego reanudó su historia en el punto en que la dejara.

... Bar Cobral, — dijo — había escuchado con gran atención á su joven compañero. Adivinando que si habiase detenido era porque nada más tenía que decir, se levantó, fué á poner fagina encendida hacia la entrada de la gruta para protegerla contra la posible intrusión de hienas y chacales á los que se oía disputarse los despojos de los jaguares muertos, y volviendo á sentarse en el mismo sitio que hasta entonces ocupara, habló de este modo :

— ¿Habéis oído hablar alguna vez, hijo mío, en Barbotan, en Briac, ó en cualquier otro punto, del drama de Astaffort?

— ¿Astaffort? — repitió Bernardo sorprendido. — La verdad, no : ni siquiera sé lo que puede significar ese nombre.

— El castillo de Astaffort en Armañac era una mansión señorial á la vez sitio de recreo y fortaleza. Sólo podía llegarse á ella por uno de sus lados, porque los otros tres dominaban el Gers, cuya corriente impetuosa deslizábase á más de doscientos pies más abajo del castillo, que era un verdadero nido de águilas.

Hace cosa de diez y siete años habitaban en esa fortaleza, mansión señorial ó como queramos llamarla, sus propietarios, un matrimonio, acompañados de su hijo único, que á la sazón contaba un año escaso. Daré, para mayor claridad, los nombres de esas personas,

aunque no sus apellidos. Así diré que los propietarios de Astaffort eran el conde Jacobo, su esposa, Blanca, y Carlos, su hijo.

Ahora caigo, — añadió el cheik — en que tal vez no os interesan las desgracias de esta familia; quizás en vez de oír su relato preferís descansar, cosa en verdad muy comprensible...

— ¡Al contrario! — exclamó Bernardo. — Comprendiendo que la historia de esa familia está más ó menos estrechamente ligada á la mía propia, os ruego que continuéis. Además, como no podemos dejar que se apague el fuego, tendríamos que velar por turno para mantenerlo. Quiere decir que velaremos juntos.

— Sea; — dijo el cheik. — Y como le aventura que voy á contaros es altamente trágica, el concierto de las fieras le dará sabor especialísimo. Sabed pues que el conde Jacobo profesaba ideas bastante avanzadas. Católico á machamartillo y sobre todo ardiente patriota, había tenido la audacia de hacer entender á la reina Catalina de Médicis que Dios no pone un cetro en manos de los reyes para que éstos lo empleen en avivar los odios religiosos, en entretener la hostilidad entre sus grandes vasallos, en martirizar la burguesía, oprimir al pueblo y desmembrar el territorio.

Y pretender obligar á la italiana á restañar las heridas de su patria adoptiva, cuando por gusto las envenenaba cada vez más, era una verdadera locura, una utopía insensata.

El efecto producido por la mercurial no se hizo esperar.

El conde Jacobo, recién casado y padre, fué desterrado con los suyos al castillo de Astaffort.

Al principio, la cosa fué bien, y el desterrado llevó con paciencia su desgracia, tanto más cuanto que, como acabo de deciros, estaba el conde en plena luna de miel. Por otra parte, él era muy activo, y ocupado siempre por sus grandes proyectos humanitarios y reformadores continuaba siendo de lejos, como lo fuera antes de cerca, el jefe oído y respetado de la facción de los *descontentos*, y aun de vez en cuando quebrantaba audazmente su destierro para realizar alguna atrevida expedición cuyos autores no eran jamás descubiertos.

Esta existencia, que en cierto modo podemos llamar doble, gustábase bastante y á ella se entregaba con placer sin que jamás, en el decurso de sus clandestinas correrías, llegase á asaltarle el temor de lo que podría ser de los suyos durante su ausencia. Blanca y su hijo quedaban siempre bajo la custodia de arqueros de probada fidelidad, y por otra parte el castillo era intomable.

Esta inefable tranquilidad duró hasta el día en que el conde Jacobo encontró en su camino á Phtah Mansour.

Parece que os impresiona ese nombre, — añadió el cheik observando la emoción de Bernardo. — Pues sabed que esa gipsia, muy superior á las gentes de su raza tanto por su belleza como por su inteligencia, se alababa de descender de un antiguo rey de Tebas, el mameluco Baharita. Dicha esencia, casi divina, llenábala de orgullo, dándole al mismo tiempo considerable influencia entre un gran número de tribus errantes.

Esa mujer funesta, esa Phtah de que os hablo, fué amada por el conde Jacobo durante una primavera.

Por espacio de algún tiempo, la ambiciosa mujer acarició la idea de que el matrimonio santificaría aquellas relaciones, de ahí que su cólera fuera terrible al enterarse de que su amigo estaba casado; y deseando vengarse de lo que ella calificaba de traición infame, dióse á seguir á su antiguo amante paso á paso, haciéndose enterar de cuanto sucedía en el castillo gracias á la complicidad de Ismael, un gitano de su devoción, instalado ya en la plaza.

Hubo un día en que el conde y la gipsia se encontraron frente á frente. Quiso él pasar sin hablarla, pues dirigíase apresuradamente á la capital de Gascuña para ponerse á la cabeza de los *descontentos* que debían apoderarse de la ciudad: pero ella le detuvo, pronunciando estas palabras:

— Has hecho mal, Jacobo, en robarme; también yo te robaré.

— ¿Yo te he robado? ¿El qué? — preguntó él estupefacto.

— Lo que ya no puedes devolverme.

— ¿Y qué me robarás tú?

— Lo que me pertenece de derecho: tu corazón, tu vida, tu felicidad, tu fortuna, y hasta tu nombre!

— Mucho exageras tu poder, amiga mía, — dijo el conde riendo de la amenaza. — Sabe que el cielo me ha dado un hijo.

— Y á mí el infierno me hizo al mismo tiempo el mismo servicio.

— ¡Ah, eres madre!

— Para que tu raza no se extinga.

— ¡Bah! no te preocupes por mi raza; su porvenir está ya asegurado.

— Lo sé.

— El hijo de la condesa Blanca llevará mis títulos.

— No: quien los llevará será el hijo de Phtah Mansour.

Cuando así hablaban hallábanse los dos interlocutores en la cumbre de la colina que descende en brusca pendiente hacia el Gers, y el conde, que se dirigía á una reunión en las inmediaciones de Auch, se hallaba á caballo.

Colérico, al oír las últimas palabras de la gipsia, Jacobo empujó hacia ella su montura, exclamando al mismo tiempo:

— ¿Qué es lo que te atreves á decir, condenada bruja?

La bruja había previsto la explosión, y bajaba corriendo la pendiente, de todo punto impracticable para los cascos de un caballo.

— ¡Digo lo que será! — gritaba Phtah desde lejos.

— La bruja condenada se vengará del perro cristiano. Desaparecerá tu castillo, perecerá tu mujer, y tu hijo, solo tu hijo sobrevivirá en efigie y en el cuerpo de otro... ¿Me oyes, Jacobo? He de dar á mi hijo la cara del tuyo... ¡su cara robada!

El conde Jacobo permaneció algún tiempo inmóvil, anonadado, pensando en que tal vez sería acertado regresar á Astaffort para colocar el castillo en condi-

ciones de defensa contra las posibles tentativas criminales de la temible arpía. Luego se burló de su propia credulidad. ¡Como si las amenazas que acababan de proferir pudieran realizarse! De todas las obras del creador el semblante humano es la más inimitable y la fábula de Prometeo demuestra la impotencia de los imitadores.

Tranquilo tras la reflexión, el conde Jacobo se encogió de hombros, y despechado por haber perdido no poco tiempo inútilmente, salió al galope hacia Lectoure, pues la reunión en Auch estaba señalada para el anochecer...

Bernardo había escuchado, con gran interés, la relación hecha por el cheik del diálogo extraño cruzado entre los dos antagonistas; y al hacer aquél una pausa, creyó oportuno decir:

— Me parece que vuestro amigo el conde Jacobo hizo perfectamente en ocuparse en sus asuntos, desdenando las ridículas amenazas de que acabáis de hablar.

— Es un error; — dijo Bar Cobral, cuya voz se hizo sorda y temblorosa; — las palabras que inspira el odio deben merecernos siempre alguna atención. Si el conde hubiera pensado en ello, habría hecho esperar á sus amigos y tomado en el acto el camino del castillo porque su presencia en él habría sin duda conjurado grandes desgracias.

Pero la fatalidad le arrastraba. Al llegar al priorato de San Oreuse en Auch, con un poco de retraso, hubo de sorprenderse de no encontrar más que á uno de sus compañeros en el punto designado para la cita. Éste le

enteró de que informado el intendente de la Generalidad de Gascuña de la conspiración por un gitano bien al corriente de todo, había arrestado en sus domicilios á todos los *descontentos*.

Era preciso aplazar el golpe acordado para aquella noche; más aún, alejarse cuanto antes por la parte alta de la ciudad porque se ejercía gran vigilancia á orillas del Gers.

El conde Jacobo, muy contrariado por cuanto acababa de saber, dejóse guiar hacia la escalera de la Pusterla cuyos doscientos escalones hizo subir á su montura, y tomó enseguida el camino de Astaffort.

Llegado á media noche á las alturas de la Lomaña vió desde allí el horizonte teñido de rojas tintas. Aquello era un incendio: lo que ardía su propio castillo, con seguridad.

En efecto, Astaffort, convertido en antorcha gigantesca sacudía sobre el valle su melena de llamas y humo.

Llegó el conde tras vertiginosa carrera, sosteniendo con mano de hierro su caballo extenuado, que cayó agonizante apenas atravesado el puente levadizo, en el patio de honor, rodeado de llamas.

Jacobo se puso en pie de un salto. La espada en una mano, la daga en la otra, precipitóse hacia las habitaciones reservadas á su esposa Blanca, á su hijo y á la nodriza de este último.

No había sufrido aún los efectos del fuego aquella parte del castillo que aparecía iluminada por las llamas como en pleno día. De ahí que, sin dejar de correr,

podiera el conde percatarse de la bárbara destrucción á que se entregaran los invasores. Cuadros, estatuas, jarrones, vasos, instrumentos de música; todo había sido destruído, pisoteado, hecho añicos...

Pero ¿qué le importaba todo aquello? Jacobo corría como un loco, saltando obstáculos, llamando á sus enemigos, á su mujer, á su hijo, extrañándose de que nadie le contestara.

¿Qué espantoso misterio ocultaba aquel silencio interrumpido sólo por los crujidos de las maderas en ignición?

El calor asfixiante arrancaba lágrimas á los ojos del conde, zumbidos á sus oídos, y le ahogaba; pero él aunque jadeante, seguía avanzando.

Así llegó á la cámara de la condesa Blanca. Era un campo de batalla. El lecho en desorden, los muebles caídos, la sangre que manchaba el pavimento decían horrores de la escena que allí debió desarrollarse.

Con el corazón hecho añicos, y la rabia de la impotencia que le ahogaba, el conde perdió inútilmente el tiempo en buscar el cuerpo de su mujer. De pronto observó que la sangre debió ser pisada por pies desnudos cuya huella le condujo á la habitación vecina; la de la nodriza y el niño.

El lecho de aquélla aparecía intacto. Sin duda la abnegada mujer velaba en el momento en que los asesinos debieron introducirse por sorpresa en el castillo. Pero no pudo salvar al pequeñuelo, porque las ropas de la cuna, ensangrentadas, aparecían cerca de la ventana abierta.

— ¡Cómo! — exclamó Bernardo horrorizado. — Llevaron los monstruos la cobardía hasta el punto de tirar al niño por la ventana?

— Sí; — respondió Bar Cobral, con voz que más bien parecía un rugido. — Se desembarazaron de él arrojándolo al precipicio, porque aquella ventana hallábase á doscientos pies de altura sobre las rocas escarpadas que dominaban la orilla del Gers... Aquello era ya demasiado, ¿verdad? El conde no pudo resistir emociones tan violentas, la sangre invadió su cerebro y cayó como una masa, privado de conocimiento.

¿Cuánto tiempo estuvo así? El mismo no habría podido decirlo. Las mordeduras del fuego le volvieron á la vida.

Púsose en pie de un salto, resuelto á vivir para la venganza. Atravesando por entre las llamas que ya lo invadían todo, recorrió de nuevo el camino de dolor que siguiera poco antes, sin detenerse hasta el cuerpo de guardia, en el que vió á todos los arqueros degollados. Solo uno respiraba aún. Antes de morir, pudo contar á su amo:

— Nos ha traicionado Ismael, un gitano recogido no hace mucho en el castillo. Él es quien ha abierto la porterna á los partidarios de la reina Catalina.

El conde recordaba las amenazas de Phtah.

— Debes equivocarte, amigo, — dijo agonizante. — La reina Catalina no se habría atrevido á tanto... Los vándalos asesinos deben ser vagabundos extranjeros; esos gandules de Egipto que infestan el país...

— No, señor; los gitanos no tienen el armamento de

los arqueros y de los reitres... eran soldados, señor. Además...

— ¿Qué? acaba.

— Es que quizás me he equivocado; pero me pareció... Sí, me ha parecido ver cómo dos formas blancas se escapaban por el puente levadizo...

— ¡Dos formas blancas! ¿Estás seguro? La condesa y la nodriza tal vez...

Por toda respuesta, el moribundo exhaló un suspiro: el último.

Durante quince días obstinóse el conde en errar en torno á las ruinas de su castillo. Luego, sin noticia alguna acerca de los suyos, tomó el camino de París, para ponerse al frente de cuantos con más ó menos razón tenían quejas de la Médicis.

Apresado más tarde con las armas en la mano, tuvo salva la vida, contra lo que era de esperar; pero fué condenado á remar en las galeras de Milán.

Demasiado enérgico para dejarse dominar por el infortunio, y orgulloso con exceso para obedecer, él, que estaba acostumbrado á mandar, el conde Jacobo desertó, recorriendo durante algunos años el mundo, y enterándose al mismo tiempo de todo aquello que la Ciencia puede enseñar de más atractivo é interesante.

Hace poco tiempo, el año pasado, el triste conde, con nombre supuesto, y disfrazado, como es natural, se hallaba en París, no solo, sino acompañado de una niña llamada Fiamma, — exactamente como vos, mi querida enfermera, — dijo Sed de Amor interrumpiéndose y llevando á sus labios la mano de la joven.

— Esa niña, esa Fiamma — continuó diciendo — habíala recogido el conde en una de sus correrías, compadecido al verla sola y muerta de hambre, y ella puso cariño á su salvador, jurándole al mismo tiempo eterna gratitud.

Por aquella época, el antiguo jefe de los *descontentos* de Auch, que vivía, como he dicho, bajo una nueva encarnación, comenzó á alimentar algunas esperanzas.

Bien visto en la corte, superiormente armado para la lucha, tan poderoso que burlándose de murallas y de cerrojos conseguía hacer llegar secretamente subsidios á cierto compañero suyo de armas encerrado en el castillo de Vincennes, y más temible él solo, gracias á las relaciones adquiridas, de lo que lo fuera un tiempo cuando le secundaban poderosos amigos, disponíase en fin á continuar disponiendo su venganza, con la seguridad de realizarla, cuando un nuevo asunto acaparó por completo su atención, obligándole á recordar al mismo tiempo el coloquio que sostuviera años antes con Phtah Mansour el día mismo en que se desarrolló el terrible drama de Astaffort.

El nuevo asunto era este. Un joven solicitó del Parlamento la reivindicación de sus nombres, títulos y patrimonio; herencia, títulos y nombres que hubieran debido pertenecer al desdichado niño cuyo cuerpo, precipitado en el Gers desde lo alto de Staffort, nadie pudo encontrar nunca.

Quiso el conde Jacobo conocer á ese joven, y se encontró en presencia de un hombre presuntuoso y antipático, pero cuyo rostro tenía tal parecido con el de

la condesa Blanca, su malograda esposa, que á punto estuvo de abrirle sus brazos para estrecharlo en ellos.

Pero la Providencia velaba y le evitó lo que hubiera sido una falta irreparable. Pocos días después, durante una cacería ofrecida por el rey en el bosque de San German, el conde reconoció á Phtah Mansour en la persona de una mujer que hablaba con el joven de referencia.

Escondido tras un arbusto, pudo sorprender este diálogo.

— Tú serás conde y duque ; — decía la gipsia. — Para lograrlo he trabajado lo indecible, hijo mío. Nada hay que pueda ya oponerse á la realización de mis designios, porque los dos han muerto sin duda : el uno en Malta, y el otro, cuyo semblante tienes tú, en Tripoli á donde lo llevamos.

Grande, inmenso, fué el estupor del conde al oír estas palabras.

¡ La infernal voluntad de aquella mujer habíase por lo visto impuesto hasta el punto de conseguir burlar las leyes de origen, hasta el de asumir una parte de los poderes divinos !... Aquel joven, aquel bohemio, ostentaba una cara de gentilhomme, *una cara robada*... ¡ Y tan monstruosa creación era debida al genio de la bruja, y gracias á ella iba á facilitarse el éxito de la combinación urdida por la furia diez y seis años antes !

Jacobo podía hacer abortar esa combinación, pero para ello érale preciso nombrarse, probar su identidad, dejarse prender de nuevo y perder de este modo el fruto de tantos años de fatigas y de estudios, conde-

nándose además á no ver al niño robado, al niño cuya existencia era indudable, á juzgar por lo que había tenido ocasión de oír de labios de la gipsia.

La duda para el conde no era posible.

Desde el fondo de su ignorada tumba su esposa Blanca parecía indicarle cuál era su deber : buscar á su hijo, llevarlo á Paris y ponerlo frente á frente del impostor... Poco después partía para las tierras africanas.

Bar Cobral dejó de hablar.

Desde el interior de la caverna de la muerte percíbase fuera como una débil claridad : eran las primeras luces del alba. Había empleado la noche entera en evocar sus candentes recuerdos.

— ¡ Salgamos ! — dijo el hombre del rojo albornoz. — Aquí me ahogo.

Tomando entonces su caballo por la brida lo llevó hacia la luz, imitándole Bernardo.

Una vez junto al olivar abrieron sus pulmones al aire puro cargado de efluvios mañaneros, y montando enseguida cabalgaron hacia las inmensas llanuras del Anti-Líbano de las que llegaban hacia ellos penetrantes perfumes de azahares y limoneros en flor.

— Creo que no me habéis dicho, — exclamó el joven al cabo de un momento de marcha silenciosa, — en qué época tuvo lugar el saqueo de Astaffort.

— El conde Jacobo perdió todo cuanto amaba, su esposa y su hijo, en la noche del 13 de febrero de 1558.

— ¡ Extraña coincidencia ! — dijo inconscientemente el joven.